



Serie *Melothesia*, Ricardo Guixa (2017), basada en las "Las figuras de Lichtenberg" (1777).

Georg Christoph Lichtenberg, selección de aforismos
Aforismos, ed. Juan del Solar
Barcelona: Edhasa, 2002

aforismos

El caracol no construye su casa, ésta le crece del cuerpo.

El 4 de julio de 1765, día en el que un cielo despejado alternaba con nubes, estaba en mi cama leyendo un libro cuyas letras podía distinguir con toda claridad; de pronto, sin que yo hiciera nada, se me giró la mano en la que sostenía el libro, inesperadamente, y, como debido al movimiento fui privado de un poco de luz, deduje que una gran nube debía de haber tapado el sol y todo me pareció oscuro, aunque la luz no hubiera sufrido merma alguna en la habitación. Así ocurre muchas veces con nuestras conclusiones: buscamos en la lejanía causas que suelen estar muy cerca, en nosotros mismos.

Los prejuicios son, por así decirlo, los instintos artísticos de los hombres. Gracias a ellos éstos hacen, sin ningún esfuerzo, muchas cosas que de lo contrario les resultaría muy difícil ponderar hasta decidirse a hacerlas.

La medida de lo maravilloso somos nosotros. Si buscásemos una medida universal, lo maravilloso dejaría de existir y todas las cosas serían igual de grandes.

Es justa la observación según la cual quienes imitan excesivamente delimitan su propia capacidad inventiva. Ésta es la causa de la decadencia de la arquitectura italiana. El que imita y no comprende las razones de su imitación suele equivocarse en cuanto lo suelta la mano que lo guiaba.

El campesino que cree que la Luna no es más grande que una rueda de arado jamás piensa que, a una distancia de pocas millas, una iglesia entera se ve como una mancha blanca, y en cambio la Luna aparece siempre del mismo tamaño. ¿Qué le impide asociar estas ideas, ya que, por separado, las tiene todas? Quizás en su vida cotidiana asocie realmente ideas mediante lazos más artificiales que éstos. Esta observación debería llamar la atención del filósofo, que acaso aún sea como el campesino a la hora de hacer ciertas asociaciones. Empezamos a pensar bastante pronto, mas no sabemos que pensamos, como tampoco sabemos que crecemos o digerimos; muchos, entre el común de las gentes, nunca llegan a saberlo. Una observación precisa de las cosas exteriores nos devuelve con facilidad al punto que observa, es decir a nosotros mismos, y viceversa: quien se ha percibido alguna vez a sí mismo es fácilmente proclive a observar las cosas que lo rodean. Permanece atento, no sientas nada en vano, mide y compara: tal es toda la ley de la filosofía.

Con un gran número de trazos desordenados es fácil configurar un paisaje, pero con sonidos desordenados no se compone música alguna.

Aquello que hay que hacer para aprender a escribir como Shakespeare está mucho más allá de la lectura de sus obras.

Si los hombres no viviesen en pisos superpuestos, media tierra estaría ya cubierta de casas. Construimos pues en el aire, que no es nuestro elemento.

Es muy bueno ir anotando en cuadernos especiales todo lo que se piensa, calcula, etcétera. Observar los adelantos propios sustenta el esfuerzo y proporciona una razón suplementaria para estar alerta.

El hombre empieza con el principio "toda magnitud es igual a sí misma" y acaba pesando el Sol y todos los planetas. Afirma haber sido hecho a imagen y semejanza de Dios y bebe ávidamente la

orina del inmortal Lama, construye pirámides eternas, Louvres, Versailles y Sanssoucis, y contempla fascinado la celda de un panal de abejas y una concha de caracol; circunnavega la Tierra con la ayuda de una aguja y se instala en otro sitio durante años, llama a Dios tan pronto el más activo de los seres, tan pronto el más inmóvil, adora aquí gusanos y ratones y más allá no cree en ningún Dios (aquí es la luz solar la vestidura de los ángeles, y en Kamchatka lo es la piel del glotón). Lo que siempre me ha gustado en el hombre es que, siendo capaz de construir Louvres, pirámides eternas y basílicas de San Pedro, pueda contemplar fascinado la celdilla de un panal de abejas o la concha de un caracol.

Hay quienes pretenden ridiculizar el estudio de las artes diciendo que se escriben libros sobre pequeñas imágenes. Pero ¿qué son nuestras conversaciones y nuestros escritos sino descripciones de pequeñas imágenes que han impresionado nuestra retina o falsas pequeñas imágenes instaladas en nuestra mente?

El lenguaje metafórico es una especie de lenguaje natural que uno construye con palabras arbitrarias, pero precisas. Por eso gusta tanto.

Helos allí sentados, juntas las manos y los ojos cerrados, aguardando a que el cielo le envíe algún numen shakespeareano. No os confiéis en el hecho de que Shakespeare hubiera nacido. Así consueta el diablo a los necios. Shakespeare no tuvo revelaciones. Todo cuanto os dice, lo aprendió o lo vivió, de suerte que para escribir como él es preciso aprender y vivir, de lo contrario no saldrá nada, aunque creáis que vuestras obras se parecen a las suyas como un huevo a otro. El que está por encima de vosotros advierte la diferencia en cuanto decide disfrutar bajo su sol de aquello que vosotros pergeñasteis bajo vuestra lamparilla. Sabemos que Shakespeare trabajaba cuidando caballos ante la puerta de un teatro y ganaba así dinero. Eso hacía por dinero. ¿O creéis acaso que se sentaba a estudiar a los autores antiguos y los labios se le secaban de tanto hojear diccionarios y hacer resúmenes? ¿O que fue preceptor, adquirió una tez amarillenta, llegó a ser profesor y no dejaba de recomendar a los antiguos y aguzar máximas aprendidas en los libros? Pues no: consumía su dinero en los cafés ingleses, comía en tabernas y lugares públicos, y eso en una nación que se enorgullece de no ocultar sus inclinaciones; allí aprendió a entender el lenguaje de los antiguos y a leerlos en una traducción que no le hubiera costado mucho mejorar. El fundamento de todo es la observación y el conocimiento del mundo, y es preciso haber observado mucho uno mismo para poder utilizar las observaciones de otro como si fueran propias, de lo contrario no haremos sino leerlas y se nos grabarán en la memoria sin mezclarse con la sangre; toda lectura de los antiguos será vana si no se organiza de este modo. Vemos esto en nuestros jóvenes, para quienes el estudio de los autores antiguos es el verdadero santo y seña; los recomiendan todo el tiempo y, cuando se ponen a escribir, el resultado no pasa de ser prosa de graduados universitarios.

La superficie más entretenida de la Tierra es, para nosotros, la del rostro humano.

El método del cuaderno borrador es altamente recomendable. No dejar de anotar ningún giro, ninguna expresión. A la riqueza también se accede ahorrando verdades de pacotilla.

Essais historiques sur les principaux ridicules des différentes nations. En ellos se lee: En Italia se ven por todas partes santos y reliquias. Los tesoros de las iglesias están llenos de ellas. Las más extrañas de estas reliquias son dos botellas donde se conservan, por un lado, un rayo de la estrella que guió a los tres Reyes Magos y, por otro, el sonido de las campanas de Jerusalén.

Las bibliotecas acabarán siendo ciudades, dice Leibniz.

Lo ha aprendido todo, no para mostrarlo, sino para utilizarlo.

Preguntémosnos si somos capaces de explicarnos las cosas más pequeñas. Es el único medio de crearse un sistema conveniente, de explorar sus propias fuerzas y sacar provecho de sus lecturas.

Desde siempre, descubrir pequeños errores es una actividad de cabezas mediocres. Las cabezas dotadas no hablan de pequeños errores y en todo caso hacen críticas generales. Los grandes espíritus crean sin criticar.

Tanto en las novelas como en las obras de teatro, la primera regla es contemplar a los distintos personajes como piezas de un tablero de ajedrez y tratar de ganar el juego sin cambiar las reglas: un caballo no puede moverse como un peón. Hay que triunfar sin alterar las reglas que determinan a los personajes, sirviéndose de su eficacia. No hacerlo significa intentar milagros, y los milagros son siempre artificiales.

Es muy peligroso, dice Voltaire, tener razón en cosas en las que no han tenido razón grandes hombres.

Un niño inteligente puede volverse loco al ser educado por un loco. El hombre es tan perfectible y tan corruptible que su razón puede convertirse en locura.

Pregunta: ¿sería posible educar a un hombre de tal manera que, sin perder el juicio, ligara sus ideas en forma tan peculiar que fuese inservible para la sociedad? ¿Es posible un loco artificial?

Cada cosa tiene sus días hábiles y festivos.

El hecho de que podamos vernos en los sueños viene de vernos en los espejos. Sabemos que no estamos dentro de ellos. Sin embargo, en el sueño la representación es más viva y el entendimiento y la conciencia más limitados.

A causa de nuestra miserable educación, que nos obliga a olvidar en la segunda mitad de la vida lo que hemos aprendido en la primera, escribir en forma llana cuesta esfuerzo. Y luego se cree que todo lo que requiere de esfuerzo es simple y bueno.

Si bien caminar en dos piernas no es natural para el hombre, al menos se trata de una invención que lo enaltece.

Quien tiene menos de lo que ambiciona, debe saber que tiene más de lo que merece.

Si muchos defensores de Kant le reprochan a sus enemigos que no lo entienden, también muchos creen que el señor Kant tiene razón sólo porque ellos lo entienden. Como su manera de expresarse es novedosa y se aparta mucho de lo común, cuando se logra acceder a ella se siente la tentación de tomarla por verdadera, y esto se refuerza por el hecho de que tenga tantos fervorosos adeptos. Sin embargo, siempre hay que pensar que entender sus ideas todavía no es una razón para considerarlas verdaderas. Creo que el gusto de entender una teoría sumamente abstracta y oscura lleva a la mayoría a pensar que ya está demostrada.

En el prólogo a la segunda y tercera ediciones de la *Crítica* de Kant (la tercera es una mera reproducción de la segunda) hay muchas cosas singulares que yo había pensado sin decirlas. No encontramos causas, sólo advertimos lo que tiene que ver con nosotros. A dondequiera que veamos sólo nos vemos a nosotros.